

LA BATALLA DE ADRIANÓPOLIS

Jordi Cortadella

El nueve de agosto del año 378 de nuestra Era tuvo lugar en Adrianópolis (actual Edirne, en la Turquía europea) una sangrienta batalla en la que los godos masacraron al ejército romano y mataron a su emperador, Valente. No era la primera vez que un emperador romano moría luchando contra los bárbaros. Con anterioridad, en el año 251, Decio y su hijo también cayeron en combate frente a los godos en la batalla de Abrito (Bulgaria), pero en aquella ocasión el ejército romano se había dejado llevar a un terreno pantanoso que le era desfavorable. En cambio, en Adrianópolis, la derrota se produjo a campo abierto. Además, tras la victoria de Abrito, los bárbaros retornaron a sus tierras de origen con el rico botín, mientras que a Adrianópolis supuso el establecimiento definitivo de los bárbaros, con sus familias y enseres, dentro de las fronteras del imperio. Los sucesos nos son conocidos gracias al relato del historiador Amiano Marcelino, al que seguiremos para reconstruir los hechos hasta donde nos sea posible.

En primer lugar, situémonos en el bando romano. Desde el año 364 Valente era co-emperador de Oriente durante el reinado en Occidente de su hermano Valentiniano I y, a su muerte en el 375, de los hijos de este, Graciano y Valentiniano II, de apenas cuatro años. El reinado de Valente no fue fácil. Nada más tomar el poder tuvo que hacer frente a la usurpación de Procopio, a quien derrotó finalmente en el 366. Al mismo tiempo, en la frontera de Armenia, los persas sasánidas intentaban ganar terreno a los romanos por lo que Valente preparó una expedición contra ellos. Pero antes de emprenderla tuvo que solucionar problemas más urgentes como una rebelión en la Cilicia occidental y las continuas correrías de tribus árabes en el Levante mediterráneo. En el año 377, cuando llegó la noticia de que los godos habían cruzado el Danubio, Valente y su ejército se encontraban a más de mil kilómetros de allí, en Antioquia, a punto de emprender la campaña definitiva contra los sasánidas.

Los godos no eran un pueblo desconocido para los romanos. Más de un siglo antes, en el año 268, ya habían cruzado por primera vez el Danubio y devastado las provincias balcánicas, pero en aquella ocasión fueron derrotados y obligados a retroceder. No obstante, acabaron por establecerse en la Dacia, provincia abandonada definitivamente por Roma en el año 271. A la subida al poder de Valente, la tribu goda de los tervingos (“gente del bosque”), dirigida por su rey Atanarico, aprovechó la ocasión para apoyar militarmente la usurpación de Procopio e intentar sacar ventajas territoriales de la situación, pero Valente los derrotó en el año 369 y firmó la paz con Atanarico en una barcaza en medio del Danubio, por la negativa del rey godo a pisar territorio romano.

Entorno al año 370, los hunos atacaron a los alanos, que vivían a orillas del río Don, y acto seguido cayeron sobre los godos greutungos (“gente del arenal”). Ante la inminente derrota, su rey Hermanarico se suicidó y su sucesor, Vitimiro, murió en combate. Tras el desastre, una parte de los godos se sometieron a los hunos, pero otra se retiró hacia el Danubio dirigidos por los Alateo y Sáfrax, corregentes del joven rey Viderico. Allí se unieron a Atanarico, que con sus tervingos intentó en balde la resistencia ante los hunos y finalmente optó por la emigración. A partir de este momento, por lo que parece, se produjo una secesión entre los tervingos, pues mientras su rey Atanarico prefirieron mantenerse fuera de territorio romano y establecerse en *Caucalanda* (Transilvania), otro grupo dirigido por Alavivo y Fritigerno decidieron buscar refugio entre los romanos. Así pues, en el otoño del año 376 una gran multitud de godos, hombres, mujeres e hijos, con sus enseres y rebaños, aparecieron en la frontera del Imperio romano pidiendo asilo. Amiano Marcelino dice que la muchedumbre era demasiado numerosa para poder ser contados, pero algunos historiadores actuales estiman que eran unos doscientos mil, en total.

Una delegación goda, encabezada por el obispo Úlfila, fue enviada a Antioquia para parlamentar con emperador. Valente decidió autorizar su entrada por tratarse de godos que, junto a los mencionados Alavivo y Fritigerno, se habían convertido al cristianismo arriano y, por tanto, desde el punto de vista romano, demostraban así su voluntad de integración. Además, para el emperador esta era una excelente ocasión de conseguir de manera fácil un numeroso contingente de tropas que, unidas a las propias, constituirían un poderoso ejército en su guerra contra los persas sasánidas.

Aprovechando el desorden imperante, también los godos greutungos, dirigidos por Alateo, Sáfrax, atravesaron el Danubio cerca de su desembocadura y se establecieron lejos de los tervingos. Alavivo y Fritigerno se mantenían leales al pacto acordado con el emperador pero al mismo tiempo procuraron mantenerse en contacto con los otros poderosos caudillos godos.

Los encargados por la administración romana de facilitar el traslado y el establecimiento de estas gentes, fueron el *comes* Lupicino (gobernador militar de Mesia) y el *dux* Máximo (comandante de las tropas de frontera del bajo Danubio). El historiador Amiano Marcelino culpa a estos dos personajes del levantamiento godo y del nefasto desarrollo de los acontecimientos para Roma, y se pone del bando godo al referirse a ellos como a “extranjeros que llegaban sin culpa alguna” (31.4.10). Por lo que cuenta este historiador, los godos lo estaban pasando francamente mal por falta de alimentos, y los romanos se aprovechaban de la situación de manera inhumana, ofreciéndoles perros a cambio de esclavos.

No obstante, Flavio Lupicino no tenía el perfil del simple usurero mezquino sino el de un gobernante experimentado. Había sido comandante de la caballería (*magister equitum*) en la Galia durante el reinado de Constancio II, allá por el año 359. En tiempos de Juliano no ocupó cargos relevantes, pero bajo Valente fue nombrado *magister equitum* de Oriente. En el 376 Lupicino se ocupó por encargo del emperador de la logística de la operación y el reasentamiento de aquella muchedumbre. La realidad fue que los romanos se vieron desbordados por las dificultades de aprovisionamiento.

Los godos, con la ayuda de la intendencia romana, probablemente cruzaron el Danubio por *Durostorum* (actual Silistra, en Bulgaria) y concentraron toda su gente en Marcianópolis para recibir los subsidios prometidos. Pero una vez allí se les impidió entrar en la ciudad por miedo a

los desordenes que pudieran causar. Lupicino convocó únicamente a los caudillos godos, Alavivo y Fritigerno, y en un banquete en su honor intentó retenerlos como rehenes para asegurarse la obediencia de los godos. La situación derivó en un intento de masacre en la que parece resultó muerto Alavivo. El superviviente, Fritigerno, consiguió escapar dando inicio así a la llamada Guerra Gótica (376-382).

Después de aquellos hechos, los tervingos consideraron naturalmente rota su alianza con Roma. La reacción inmediata de Lupicino fue preparar sus tropas y presentar batalla. Pero o bien por precipitación o por falta de efectivos, fue derrotado estrepitosamente y tuvo que refugiarse en Adrianópolis. Después de esto, los godos se apoderaron de las armas de los caídos y de los que habían emprendido la fuga, y se expandieron por un amplio territorio sin oposición alguna.

Cundo corrió la noticia, Suerido y Colias, nobles godos que, junto con su pueblo, habían sido acogidos con anterioridad en las fronteras del Imperio y eran los encargados de proteger el cuartel de invierno situado en Adrianópolis, se mantuvieron en su puesto. Pero cuando les ordenaron dejar el lugar apresuradamente para trasladarse a Antioquía, para unirse al ejército de Valente, desconfiaron de una traición y prefirieron unirse a Fritigerno en calidad de aliados.

Con los nuevos refuerzos, Fritigerno puso sitio a Adrianópolis, pero al darse cuenta de que sus tropas no tenían experiencia en asedios y que estaban luchando en vano con importantes pérdidas, abandonó la empresa y se dispersaron por toda Tracia en busca de botín y de alimentos. En palabras de Amiano Marcelino, los godos se expandieron por toda Tracia “como las cenizas del Etna” (31.4.9), y sus tropas devastaban los campos “como torrentes de nieve derretida” (31.10.21).

Mientras tanto en Antioquía, informado de lo que estaba sucediendo, el emperador Valente se apresuró a concertar la paz con los persas para concentrarse en acabar con la revuelta goda. Antes de dirigirse a Constantinopla con el grueso del ejército, envió por delante a sus experimentados generales Trajano y Profuturo con tres legiones estacionadas en Armenia.

Las tropas imperiales esperaron la llegada de los refuerzos enviados por el co-emperador Graciano desde el occidente del Imperio. Estas estaban compuestas de diferentes fuerzas independientes, unas provenientes de la provincia vecina de Panonia al mando del Frigerido, general de origen germánico; otras provenientes de la Galia al mando del franco Richomeres. Estas últimas eran escasas en número pues habían desertado parte de sus efectivos por temor a que la Galia, privada de guarnición, se viera ella misma amenazada por los enemigos de más allá del Rin.

En septiembre año 377 Richomeres tomó el mando de las tropas enviadas por Graciano y se reunió con Profuturo y Trajano en Marcianópolis (la actual Preslav, en Bulgaria). Los godos estaban acampados en la desembocadura del Danubio, cerca de *Ad Salices*, a unos 15 kilómetros de Marcianópolis, formando un gran campamento de carros, dispuestos en círculo a modo de murallas. Al amanecer se entabló una dura batalla, de resultado incierto, hasta que al atardecer los dos bandos se retiraron, unos a su campamento de carros, los otros a Marcianópolis. Godos y romanos quedaron muy mermados, y es posible que en el enfrentamiento muriera Profuturo, pues nada sabemos de él en los enfrentamientos posteriores.

Después de la batalla de Salices, Valente envió una avanzadilla al mando de Saturnino, general de la caballería. A su llegada, este tomó la decisión de evitar otros enfrentamientos directos con el enemigo e intentar encerrar a los godos en los estrechos pasos de los montes Hemo, cordillera que separa las provincias de Mesia de Tracia. Esperaban así que, en pleno invierno, sin víveres y en gran número, murieran de hambre en aquella región aislada.

Probablemente la maniobra habría tenido éxito si no hubiese coincidido con nuevas correrías de hunos y alanos en la frontera de Mesia. Al enterarse de esto, Saturnino reunió a sus hombres y se dispuso a marchar sobre ellos. Pero una vez retirada la guardia sobre las empalizadas del Monte Hemo, los godos allí encerrados buscaron una salida y se dispersaron por toda la región de Tracia, desde los montes Ródope hasta el mar. Para impedir que se dispersaran por las provincias septentrionales del Imperio, en general de Graciano, Frigerido, fortificó el paso de Succo, en la frontera entre Iliria y Tracia.

En el verano del 378, finalmente, Valente con el grueso del ejército se puso en marcha desde Antioquía hacia Constantinopla. Allí el emperador se vio sorprendido por una revuelta popular, pues los habitantes de la capital aún recordaban la represión que había seguido a la muerte del usurpador Procopio. Aplacados los ánimos de la población, Valente prefirió establecer su cuartel general en Nice, enclave militar situado a unos 20 km de allí. Su primera decisión fue relegar del mando a Trajano, al que culpó de la desastrosa situación en la que se encontraba. En su lugar nombró a Sebastiano, prestigioso general llegado directamente de la corte de Graciano con dos mil soldados de refuerzo. Sebastiano era un militar veterano, pues ya había participado en la expedición contra los sasánidas durante el reinado del emperador Juliano y luchado en las campañas suevo-sármatas al lado de Valentiniano I.

En Nice, Valente fue informado de que el grupo de godos que habían saqueado la región adyacente a los montes Ródope, cargados con un rico botín, se desplazaban hacia Adrianópolis para unirse con sus compatriotas, estacionados en torno a Beroe y Nicópolis (las actuales Stara Zagora y Nikopol, en Bulgaria. Es de suponer que los godos, concedores de la llegada del emperador y de su numeroso ejército, se apresuraron a concentrar sus tropas ante la inminencia de una gran batalla.

Adelantándose a los acontecimientos, Sebastiano, con trescientos soldados escogidos entre las tropas de caballería, se dirigió rápidamente hacia Adrianópolis para hostigar al enemigo. Esto obligó a los godos de Fritigerno, que había concentrado sus fuerzas cerca de Cabile, a abandonar la zona para evitar las emboscadas en regiones llanas.

Valente, que ya se encontraba en Melantias (actual Silivri), reemprendió la marcha con todas las tropas a su disposición, no sin asegurarse que un escuadrón de caballería, acompañado de infantería y arqueros, mantuviese abiertos los pasos por donde recibía los víveres y suministros. Al mismo tiempo, desde Occidente, Graciano también se había puesto en marcha con sus tropas para apoyar a su tío, pero después de abandonar Sirmio (la actual Sremska Mitrovica, en Serbia) fue retenido por un inesperado ataque de un grupo de alanos, lo que retrasaría su llegada.

Los observadores, al parecer mal informados, comunicaron a Valente que los godos no superaban los diez mil hombres, ante lo cual el emperador determinó tomar la iniciativa sin esperar la llegada de Graciano. Así fue como, en formación cuadrada para evitar ataques sorpresa, Valente llegó a los suburbios de Adrianópolis, donde reforzó las defensas con una

empalizada y un foso. Acto seguido reunió un consejo y deliberó acerca de lo que convenía hacerse. Mientras algunos como Sebastiano le animaban a realizar un rápido ataque, otros como Víctor, comandante de la caballería, de origen sármata, creían que era más prudente esperar al ejército de Graciano. Por desgracia para los romanos, se impuso la resolución de iniciar la lucha en breve.

Tal vez para ganar tiempo, Fritigerno envió como mensajero a un presbítero cristiano acompañado por otros godos de humilde condición. Este le entregó a Valente una carta de Fritigerno en la que solicitaba para sus gentes y rebaños ocupar toda Tracia. Si se le concedía, prometía vivir en paz permanente y enviar hombres para que sirviesen en el ejército romano. Además, el mensajero entregó en secreto al emperador otra carta de Fritigerno en la que el rey godo recomendaba a Valente que hiciese desfilar a su ejército ante los godos con toda su poderío y así él podría disuadir a los suyos de sus afanes de lucha. Ante tan ambiguos mensajes, los enviados fueron despedidos sin respuesta.

El nueve de agosto del año 378, tan pronto como amaneció, Valente ordenó guardar el tesoro y las insignias dentro de las murallas de Adrianópolis y acto seguido el ejército romano se puso en marcha rápidamente. Una vez recorrido un camino largo y abrupto, a las dos de la tarde, se hicieron visibles las carretas de los godos, formando un gran círculo.

No es posible dar una lista exacta de las unidades del ejército romano presentes en Adrianópolis a partir de nuestra fuente de información más detallada, Amiano Marcelino. Sin embargo, podemos conocer la composición de un ejército de campaña de la época basándonos en los datos aportados por la *Notitia Dignitatum*, un documento de finales del siglo IV o principios del V. Combinando ambas informaciones, una posible composición del ejército de Valente, o de su núcleo principal, sería la siguiente:

- 1.500 *Scholae* (guardia imperial), a las órdenes del mismo Valens. Provablemente estaría dividida en: *Scutarii Prima* (caballería pesada), *Scutarii Secunda* (caballería pesada), *Scutarii Sagittarii* (arqueros a caballo).
- 1.000 *Equites Palatinae* (caballería de élite), formando el ala izquierda. Las unidades presentes en la batalla debieron ser: *Equites Promoti Seniores* (caballería pesada), *Comites Clibanarii* (caballería acorazada), *Comites Sagittarii Iuniores* (caballería ligera con arcos).
- 1.500 *Equites Comitatus* (caballería), formando el ala derecha. Las unidades presentes en la batalla debieron ser: *Equites Primi Scutarii* (caballería pesada), *Equites Promoti Iuniores* (caballería pesada).
- 5.000 *Legiones Palatinae*, compuestas por: *Lanciarum Seniores* (infantería pesada), *Matiarii Iuniores* (infantería pesada).
- 6.000 *Auxilia Palatinae*, compuesta por: *Batavi Seniores* (infantería pesada), en la reserva ; *Sagittarii Seniores Gallicani* (arqueros); *Sagittarii Iuniores Gallicani* (arqueros); *Tertiis Sagittarii Valentis* (arqueros).

La suma de los efectivos citados hace un total de cuatro mil jinetes y once mil infantes. Por tanto estaríamos ante un ejército de quince mil hombres, muy por debajo de las estimaciones de la mayor parte de los historiadores, que especulan con un ejército de cincuenta o sesenta mil hombres. Seguramente no todas las unidades fueron mencionadas en la *Notitia Dignitatum*, en particular algunas tropas auxiliares, como la caballería sarracena, que atacó a los godos al pie de Constantinopla, después de la batalla, o las tropas ligeras dirigidas por el hiberno (del Caucaso)

Bacurio, mencionadas por Amiano Marcelino al principio de la batalla, por lo que tal vez las fuerzas romanas alcanzaron los veinte o veinticinco mil efectivos.

En cuanto a los godos, los cálculos más realistas nos llevan a pensar que los godos tervingos contarían con unos 1.000 jinetes (la guardia de Fritigerno) más los desertores godos del ejército romano (otros 1.000 jinetes). En cuanto a su infantería, podría estar formada por 6.000 u 8.000 guerreros, además de un millar de arqueros. En cuanto a los godos greutungos, estos podrían ser entre 3.000 y 4.000 guerreros de infantería más 1.000 arqueros, a los que cabría añadir la caballería alana (entre 2.000 o 2.500) y un escuadrón de hunos (tal vez 500), lo que hace un total de diecinueve mil hombres.

Un ejército profesional como el romano proporcionaba ventajas como la disciplina o la experiencia, y merecía toda la confianza a la hora de enfrentarse con un enemigo igual o superior en número, siempre que se tratase de gentes con escasa formación militar. No obstante, entre los godos y sus aliados, habría que diferenciar a los guerreros (los diecinueve mil hombres antes mencionados) del resto de la población, aunque en caso de necesidad todo adulto podía empunyar las armas y convertirse eventualmente en guerrero, mientras que el legionario romano representava el esfuerzo de varias decenas, o centenas, de civiles y era difícilmente sustituible. Por tanto, teniendo en cuenta que, con respecto a los godos, se trataba de todo un pueblo en movimiento, el número efectivo de combatientes puntuales podía ser bastante más superior al indicado, aunque encuentro exagerado hablar de 120.000 o 150.000 guerreros, como hacen algunos historiadores. Independientemente del número de combatientes, lo cierto es que aquella tarde del nueve de agosto del 378 se estaba a punto de disputar una gran batalla.

Los generales romanos dispusieron las líneas de ejército, de tal manera que la caballería aparecía adelantada por la derecha, mientras que la mayor parte de la infantería permanecía atrasada. En cuanto al ala izquierda de la caballería, se desplazaba con dificultad, ya que muchos de ellos aún estaban diseminados por los caminos. Y mientras esa misma ala, sin ser atacada, se iba desplazando, los godos enviaron legados para parlamentar, ya que la mayor parte de sus tropas de caballería, encabezados por Alateo y Sáfrax, aún no habían llegado.

El emperador despreció a los mensajeros por su bajo origen y pidió que se le enviaran emisarios de origen nobles. Los godos se demoraron a propósito aguardando con esta estratagema a que volviera su caballería. Además consiguieron que la el ejército romano tuviese que soportar el sofocante calor estival.

Fritigerno, de manera muy razonable y vistos los precedentes, envió otro parlamentario proponiendo un intercambio de rehenes para asegurar la protección de la delegación de nobles godos. Richomenes se ofreció voluntario ante Valente para formar parte de la delegación romana, pero cuando se dirigía al campamento enemigo, los arqueros y la infantería ligera romana, encabezados por de Bacurio de Hiberia y por Casio, se adelantaron llevados por su ansia de lucha y trabaron combate con la avanzadilla goda. Su avance fue rápidamente rechazado y tuvieron que retirarse. Con este ataque inoportuno fracasó el intercambio de rehenes y las negociaciones a alto nivel. Además, en aquel preciso momento, con la infantería ligera romana replegándose, regresó la caballería goda, dirigida por Alateo y Sáfrax, junto con otras tropas de los alanos, que asolando y abatiendo a todo el que se encontraron a su paso en un veloz ataque. No cabía duda de que la batalla había comenzado de improviso y de la peor manera posible para los romanos.

Los godos salieron de su campamento de carros dispuestos a enfrentarse a los romanos en combate abierto. Antes de entrar en combate los godos juraban según su costumbre, alababan a grandes voces a sus ancestros e intentaban alcanzar una zona elevada, desde donde lanzarse con más fuerza sobre el enemigo. Los romanos también lanzaron su grito guerrero, que se iba elevando paulatinamente como el berrido de los elefantes.

Después de herirse mutuamente por el lanzamiento de proyectiles y lanzas desde una corta distancia, las dos formaciones llegaron frente a frente y, unidos sus escudos en forma de tortuga, permanecían unos junto a otros. Amiano Marcelino nos describe la escena no sin cierta grandeza poética, comparando las líneas que chocaban entre sí con las proas de las naves de guerra y sus avances alternativos con los vaivenes de las olas. Los godos, atentos y rápidos, lanzaban contra los romanos grandes mazas e intentaban clavarles las espadas irrumpiendo por los flancos. La infantería romana retrocedió algo pero resistió. Conforme se iba avivando la lucha, fue aumentando el temor de los romanos, al verse algunos de ellos atravesados por flechas y todo tipo de proyectiles.

La caballería del flanco izquierdo romano llegó hasta las carretas godas, y hubiera avanzado más de contar con los apoyos suficientes, pero al ser abandonados por el resto se vieron acosados por los godos y acabaron siendo aniquilados como si les hubiese caído encima una empalizada.

La infantería romana quedó así desprotegidos por su flanco izquierdo, y con las tropas tan apiñadas que los hombres apenas podían blandir la espada o mover sus brazos. Además, el cielo estaba cubierto de polvo hasta el punto de impedir la visibilidad en medio del tumulto. Cuando los godos, con sus ingentes tropas, consiguieron agotar a hombres y animales, como lo compacto de la formación romana imposibilitaba la huida, también los romanos se defendieron con valor mientras que cascos y corazas de ambos bandos eran destrozados por los golpes de las hachas.

Para salvar sus vidas, todos corrían hacia los que veían apiñados. Los soldados de caballería perseguían a los que intentaban huir y les cortaban la cabeza de un tajo o les herían en la espalda. Por su parte, la infantería remataba a los que habían caído. Unos fueron heridos por piedras lanzadas con hondas, o por flechas. Las cabezas de otros habían sido seccionadas por la mitad y cada una de las partes pendía sobre los hombros. Podía verse a un godo altivo y fiero, con gesto crispado porque de un golpe le habían cortado una pierna o una mano, o le habían atravesado el costado, y que a punto de morir dirigía una mirada amenazadora a su alrededor. Los campos quedaron cubiertos de cadáveres y resonaban por todas partes los gemidos de los que morían o de los que habían recibido terribles heridas.

En medio de aquel tumulto y de la inmensa confusión, la infantería romana, exhausta y con las lanzas rotas, se lanzaba contra las compactas tropas de los godos confiados tan solo en sus espadas. El suelo se había vuelto muy resbaladizo debido a los regueros de sangre. Cuando todo estuvo cubierto de sangre y había cadáveres por doquier, comenzaron a pisar los cuerpos sin preocupación alguna. Los dos bandos se enfrentaban con tanta fuerza a los que se les echaban encima que algunos llegaron a morir por las armas de sus propios camaradas.

El sol estaba ya más alto. Los romanos se abrasaban y se sentían exhaustos por el hambre, la sed y el peso de las armas. Sus líneas empezaron a ceder ante el empuje de los godos y cada uno empezó a huir por donde podía en total desorden. La batalla estaba perdida para los romanos.

Mientras todos se dispersan, el emperador buscó refugio junto a las legiones palatinas, que por estar formada por *lanciarii* y *mattuarii*, hemos de suponer correspondían a la infantería pesada, cuya función en el campo de batalla era el de fijar la línea de combate y mantener las posiciones.

Víctor, el comandante de la caballería, intentó ir en su auxilio con los auxiliares bátavos (pueblo germánico de las bocas del Rin), que formaban la retaguardia, pero como no pudo encontrar a nadie, él mismo retrocedió con sus jinetes y huyó. También Richomenes y Saturnino, ante la imposibilidad de salvar la situación escaparon del peligro. Los godos emprendieron la persecución de los romanos. Algunos cayeron sin saber siquiera quien les golpeaba. La huida se veía obstaculizada por el gran número de moribundos, y a estos se unía también montones de caballos heridos. La oscuridad de una noche sin luna terminó por aumentar el desastre.

En los primeros momentos de oscuridad, el emperador cayó herido de muerte por una flecha mientras se encontraba entre los soldados rasos. Su cuerpo no fue hallado. Otros dicen que Valente no murió enseguida, sino que fue conducido junto con unos pocos pretorianos y sus asistentes personales a una cabaña. Y allí, mientras era atendido, fue rodeado por los enemigos que, ignorando la presencia del emperador, prendieron fuego al edificio.

Durante la noche, los que sobrevivieron, intentaron llegar junto a los suyos mientras que, a distancia, podían escuchar los quejidos lastimosos de los que habían quedado atrás, los sollozos de los moribundos y los llantos desgarradores de los heridos. Después de enterar y de honrar algunos muertos en la medida en que lo permitían el lugar y el tiempo, las aves rapaces devoraban los demás cadáveres. Además del emperador, cayeron treinta y cinco tribunos, entre ellos Trajano y Sebastiano. También Valeriano y Equicio, y otros cortesanos del palacio. También Potencio, tribuno de los veteranos. Apenas sobrevivió la tercera parte del ejército. Para los historiadores de la época, tamaña masacre sólo podía compararse a la de Cannas (216 aC), durante la Segunda Guerra Púnica, aunque en ocasiones Roma sufriese derrotas puntuales en las guerras.

Al amanecer, desoyendo los consejos de Fritigerno, los vencedores, en formación compacta para evitar ataques por sorpresa, se dirigieron a Adrianópolis, donde Valente había dejado sus tesoros y las insignias imperiales. Por la mañana rodearon las murallas y comenzaron un ataque durísimo. En las defensas exteriores, fuera murallas, había un gran número de soldados romanos supervivientes de la batalla y mozos de cuadras con sus animales, a quien se habían prohibido la entrada. Estos lucharon con gran valor contra los godos y, llegada la tarde, súbitamente, trescientos de ellos se lanzaron contra los godos en formación de cuña. Pero estos los apresaron rápidamente y los mataron a todos. Por serete una fuerte lluvia hizo dispersar a los atacantes que regresaron a sus carretas.

En la ciudad se bloquearon las puertas por dentro con grandes piedras y se colocaron máquinas de guerra en lugares apropiados para disparar piedras y dardos. Al día siguiente, reanudados los combates con gran furia, los godos encontraron una fuerte resistencia. Por falta de previsión estos se vieron obligados a reutilizar los proyectiles con que eran atacados, de manera que los

defensores dieron la orden de que, antes de disparar, se cortaran las cuerdas que unían la punta y la madera, de este modo las flechas, al ser disparadas, conservaban toda su fuerza y, una vez clavadas, se rompían. Las máquinas de guerra romanas y las grandes piedras que lanzaban causaron el pánico entre los godos por la novedad entre ellos de este tipo de máquinas. Al atardecer los asediados regresaron a su campamento desmoralizados. Durante toda la noche los godos se dedicaron a curar sus heridas, y al amanecer, tras muchas discusiones, decidieron dirigirse a Perinto (actual Marmara Ereğli, en la Turquía europea) a unos noventa kilómetros de Constantinopla, y asolaron sus fértiles campos. Los defensores de Adrianópolis, después de la retirada, salieron a media noche, unos hacia Filipópolis (actual Plóvdiv, Bulgaria) y de allí a Serdica (actual Sofia, Bulgaria), otros hacia Macedonia, con la esperanza de reunirse con Valente, al que aún creían con vida.

Los godos, después de ganarse a diversas tropas de hunos y de alanos prometiéndoles una recompensa en oro, intentaron en vano tomar Constantinopla pero, ante la grandiosidad de sus murallas y la imposibilidad de conquistarla por falta de máquinas de guerra abandonaron aquella zona y se dispersaron por las provincias del norte. Fritigerno continuó luchar contra los romanos con diversa fortuna durante los dos años siguientes, siendo reconocido como el rey por la mayor parte de los godos establecidos en el interior del imperio. Cuando murió, en torno al 380, su antiguo rival Atanarico se convirtió en el primer rey universalmente reconocido por todos los pueblos godos. En el año 382 los godos firmaron un tratado de paz con Teodosio I por el que se convirtieron en *foederati* y se les garantizó la autonomía dentro del Imperio. No obstante, en el 395, con la subida al poder de su nuevo rey Alarico, descontentos por el trato recibido, los godos atacaron Constantinopla una segunda vez. Pese al fracaso de la empresa, nada impidió que entre el 395 y el 397 invadieran Macedonia, Tesalia y Grecia hasta que Estilicón les forzó a desplazarse hacia Occidente. El resto de la historia es bien conocida: en el año 410 saquearon Roma, en el 476 se establecieron en Aquitania y en 507 fundaron el reino visigodo de Toledo.

Bibliografía.

Nuestra fuente principal para conocer los hechos acaecidos en torno a la batalla de Adrianópolis es la *Historia (Res Gestae)* del historiador Amiano Marcelino, nacido hacia el 330 o 335 y fallecido en torno al 395 de nuestra Era. En castellano disponemos de dos ediciones recientes, la de M^a Luisa Harto (Akal Clásica, Madrid 2002) y la de Gredos, a cargo de C. Castillo, C. Alonso del Real y A. Sánchez-Ostiz, de la que de momento sólo ha aparecido el primer volumen (Biblioteca Clásica Gregos, núm. 385, Libros XIV-XIX, Madrid 2010). De la *Notitia Dignitatum*, fuente imprescindible para el ejército del Bajo Imperio, tenemos una nueva edición crítica con comentario histórico a cargo de Concepción Neira (Madrid, CSIC 2005).

Para una visión general de las partes enfrentadas véase, por un lado, el libro de Rosa Sanz Serrano, *Historia de los godos: una epopeya histórica de escandinavia a Toledo* (La Esfera de los Libros, Madrid 2009) y, respecto al ejército romano, las síntesis de Julio Rodríguez González, *Historia de las legiones romanas* (Almena, Madrid 2003) y de Yann Le Bohec, *L'Armée romaine sous le Bas-Empire* (Picard, Paris 2006). Si se buscan trabajos más especializados, puede recurrirse al estudio de Martinus J. Nicasie, *Twiling of the Empire. The*

Roman Army from the Reign of Diocletian until the Battle of Adrianople, (Gieben, Amsterdam 1998).

Actualmente tenemos una buena monografía sobre la batalla, con sus antecedentes y consecuencias, obra de Alessandro Barbero, *El día de los bárbaros. La batalla de Adrianópolis, 9 de agosto de 378* (Ariel, colección Grandes batallas, Barcelona 2007), aunque responde a un tipo de literatura histórica pensada para la divulgación. Lo mismo puede decirse del libro de Simon Macdowall, *Adrianople Ad 378: the Goths crush Rome's legions*, (Osprey Publishing, Campaign series, núm. 84, Oxford 2001). Quien desee recurrir a trabajos más especializados puede consultar el estudio sobre la guerra gótica de Ulrich Wanke, *Die Gotenkriege des Valens. Studien zu Topographie und Chronologie im unteren Donaauraum von 366-378 n. Chr.*, (Peter Lang, Frankfurt am Main-New York 1990), así como los artículos de Thomas S. Burns, "The battle of Adrianople. A reconsideration" (*Historia*, 22, 1973, pp. 336-345) y Michael P. Speidel, "Sebastian's strike force at Adrianople" (*Klio*, 78, 1996, pp. 434-437).